

Primera parte  
Coos County,  
New Hampshire, 1954

El joven canadiense, que tendría a lo sumo quince años, había vacilado más de la cuenta. Suspendido en el aire por un instante, dejó de mover los pies sobre los troncos que flotaban en el remanso situado por encima del recodo del río; antes de que alguien alcanzase a sujetar su mano extendida, ya se había hundido por completo. Uno de los madereros, más veterano, tendió el brazo hacia el largo cabello del joven: buscó a tientas con los dedos en el agua gélida, densa, casi tan espesa como un caldo a causa de los fragmentos de corteza desprendidos. De repente dos troncos chocaron con fuerza, atraparon el brazo del frustrado rescatador y le partieron la muñeca. La alfombra de maderos en movimiento se había cerrado por completo sobre el joven canadiense, que ya no volvió a salir a la superficie; no asomó nada de él sobre aquella agua marrón, ni tan siquiera una mano o una bota.

En un atasco de troncos, tan pronto como se conseguía destrabar el madero clave, los gancheros tenían que moverse con rapidez y sin parar; si se detenían, aunque fuera sólo por uno o dos segundos, se veían lanzados a la impetuosa corriente. En el acarreo de una maderada, uno podía morir aplastado entre los troncos que avanzaban corriente abajo antes de ahogarse, pero ahogarse era lo más habitual.

Desde la margen del río, donde el cocinero y su hijo de doce años oyeron los juramentos del maderero que se había partido la muñeca, saltó a la vista de inmediato que alguien se hallaba en una situación más apurada que el frustrado rescatador, quien, tras liberar su brazo herido, había recuperado el equilibrio sobre los troncos en movimiento. Los otros cuadrilleros,

sin prestarle la menor atención, se dirigieron con pasos cortos y ligeros hacia la orilla, voceando el nombre del muchacho perdido. Los hombres hincaban sin cesar sus bicheros en los troncos flotantes para encauzarlos. Los gancheros buscaban, en su mayoría, el camino más seguro hacia la orilla; pero, a ojos del esperanzado hijo del cocinero, daba la impresión de que quizás intentaban abrir un espacio de anchura suficiente para que el joven canadiense saliera a la superficie. Ciertamente que en ese momento sólo había huecos intermitentes entre los maderos. Así de rápido desapareció el chico que se había presentado ante ellos como «Angel Pope, de Toronto».

—¿Es Angel? —preguntó a su padre el niño de doce años.

Quizás alguien hubiera podido confundir a este chico, por sus ojos de color castaño oscuro y su expresión extremadamente seria, con el hermano menor de Angel; pero en todo caso era inconfundible el parecido familiar entre el niño de doce años y su padre, un hombre siempre alerta. En el cocinero se advertía un halo de aprensión contenida, como si por norma esperase los desastres más imprevistos, y en la seriedad de su hijo se traslucía un reflejo de eso mismo; a decir verdad, el chico era el vivo retrato de su padre, tanto es así que varios de los leñadores habían manifestado su sorpresa por el hecho de que el hijo no caminase también con la acusada cojera del padre.

El cocinero sabía de sobra que el joven canadiense era quien, en efecto, había caído bajo los troncos. Él mismo había advertido a los madereros que Angel estaba demasiado verde para trabajar con la cuadrilla delantera; el muchacho no debería haberse metido a intentar deshacer un atasco de troncos. Pero seguramente el chico tenía ganas de complacer, y tal vez en un primer momento los gancheros no habían reparado en su presencia.

En opinión del cocinero, Angel Pope también estaba demasiado verde (y era demasiado torpe) para trabajar en las inmediaciones de la sierra principal en la serrería. Ése era estrictamente territorio del aserrador, un puesto muy cualificado en la planta. Otro puesto bastante cualificado, aunque no muy peligroso, era el de operario de la cepilladora.

Los puestos más peligrosos y menos cualificados incluían el

trabajo en la cambrá, donde se metían los troncos en la planta haciéndolos rodar y se subían al carro de aserrado, o la descarga de los camiones. Antes de aparecer los dispositivos de carga mecánicos, los troncos se descargaban mediante bastidores basculantes colocados en los costados de los camiones; esto permitía vaciar de golpe toda la carga de un camión. Pero los bastidores a veces no basculaban, y en ocasiones los hombres quedaban atrapados bajo una cascada de troncos mientras intentaban desatracar un bastidor.

A entender del cocinero, Angel no debería haber ocupado ningún puesto que le exigiese estar en las proximidades de troncos en movimiento. Pero los leñadores le habían tomado tanto cariño al joven canadiense como el cocinero y su hijo, y Angel había dicho que le aburría trabajar en la cocina. El joven quería una tarea más física y le gustaba el aire libre.

El reiterado golpeteo de los bicheros al hincarse en los troncos quedó brevemente interrumpido por los gritos de los gancheros que habían localizado el bichero de Angel a más de cincuenta metros de donde el muchacho había desaparecido. El bichero, de cuatro metros y medio, flotaba a cierta distancia de la maderada, hacia donde lo habían arrastrado las corrientes del río.

El cocinero pudo ver que el cuadrillero de la muñeca rota había llegado a la orilla empuñando su propio bichero con la mano ilesa. Primero por lo familiares que le resultaban sus juramentos, y sólo en segundo lugar por su pelo apelmazado y su enmarañada barba, supo que el herido era Ketchum, no precisamente un neófito en cuanto al carácter traicionero de la maderada.

Corría el mes de abril —no mucho después del último deshielo y el inicio de la temporada del barro—, pero hacía poco que la superficie helada del remanso se había resquebrajado al abrirse paso a través del hielo los primeros troncos cauce arriba, desde los embalses de Dummer. El río bajaba frío como el hielo y muy crecido, y muchos de los leñadores llevaban las barbas pobladas y largas melenas, lo que a mediados de mayo les proporcionaría cierta protección contra la mosca negra.

Ketchum yacía de espaldas en la orilla como un oso em-

barrancado. La masa de troncos en movimiento fluía ante él. La maderada parecía una balsa salvavidas, y los gancheros que seguían en el río semejaban náufragos en el mar, sólo que el color del mar cambiaba por momentos de marrón verdoso a negro azulado. Las aguas del Twisted River estaban densamente teñidas de taninos.

—¡Joder, Angel! —exclamó Ketchum, tendido de espaldas—. Mira que te lo dije: «Mueve los pies, Angel. Tienes que mover los pies sin parar!». Joder.

Para Angel, la inmensa extensión de troncos no había sido una balsa salvavidas y muy probablemente se había ahogado o había muerto aplastado en el remanso por encima del recodo; no obstante, los leñadores (Ketchum entre ellos) seguirían la maderada al menos hasta la desembocadura del Twisted River, en el pantano de Pontook, donde se alzaba la Presa de la Muerta. La presa de Pontook, en el río Androscoggin, había creado ese pantano; los troncos, una vez en el curso del Androscoggin, encontrarían primero, en las afueras de Milan, los canales de clasificación. Aguas abajo, en Berlin, el Androscoggin alcanzaba un desnivel de setenta metros en un tramo de cinco kilómetros; dos fábricas de papel parecían dividir el río a la altura de los canales de clasificación de Berlin. No era inconcebible imaginar que el joven Angel Pope, de Toronto, fuese de camino hacia allí.

Al anochecer, el cocinero y su hijo aún intentaban rescatar las sobras, para la comida del día siguiente, entre las numerosas cenas que habían quedado intactas en el comedor del pequeño poblado, una sala en el pabellón-cocina del llamado «municipio» de Twisted River, que sólo era un poco mayor y sólo algo menos provisional que un campamento maderero. No mucho tiempo atrás el único comedor disponible durante el acarreo de la maderada ni siquiera estaba en una sala. Por aquellas fechas contaban con una cocina ambulante instalada de forma permanente en la caja de un camión; la acompañaba un segundo camión con un comedor modular que se descargaba y había que montar. Esto era en la época en que el cam-

pamento se trasladaba continuamente en camiones y se plantaba aquí y allá a orillas del Twisted River en función del lugar donde tenían previsto trabajar los madereros.

Por entonces, aparte de los fines de semana, los gancheros rara vez regresaban al municipio de Twisted River a comer o dormir. A menudo el cocinero del campamento guisaba en una tienda de campaña. Todo debía ser totalmente transportable; incluso los cubículos donde se dormía eran cajas de camión acondicionadas.

Ahora nadie sabía qué iba a ser del municipio de Twisted River, una localidad no precisamente próspera, situada a medio camino entre el remanso del río y los embalses de Dummer. Allí vivían los trabajadores de la serrería y sus familias, y la compañía maderera conservaba unos barracones para los leñadores más provisionales, entre los que se encontraban no sólo los temporeros francocanadienses, sino la mayoría de los gancheros y los demás madereros. La compañía mantenía asimismo una cocina mejor equipada, un comedor en toda regla —el antedicho pabellón-cocina—, para el cocinero y su hijo. Pero ¿hasta cuándo duraría eso? Ni siquiera el dueño de la compañía habría sabido decirlo.

La industria maderera estaba en transición; algún día todos los trabajadores del sector podrían trasladarse al puesto de trabajo desde sus casas. Los campamentos de leñadores se hallaban en trance de extinción. Incluso estaban desapareciendo los *wanigans*, esos curiosos refugios donde dormir, comer y guardar el material, instalados no sólo en furgonetas, o sobre ruedas u orugas, sino con frecuencia también en balsas o botes.

La lavaplatos india —empleada del cocinero— le había dicho hacía tiempo al joven hijo del cocinero que *wanigan* procedía de una palabra abenaki, por lo que el niño llegó a preguntarse si la propia lavaplatos no sería acaso de la tribu abenaki. Quizá la mujer conocía por pura casualidad el origen de la palabra, o sencillamente decía conocerlo para dárselas de lista. (El hijo del cocinero iba al colegio con un niño indio, y, según éste, *wanigan* era de origen algonquino.)

Durante el acarreo de la maderada se trabajaba de sol a sol. En una explotación forestal, la pauta era dar de comer a los

hombres cuatro veces al día. Antiguamente, cuando no era posible acercar los *wanigans* a algún emplazamiento del río, las dos comidas centrales del día se las llevaban a pie a los gancheros. La primera y la última se servían en el campamento base, actualmente en el comedor. Pero esa noche, por el afecto que le tenían a Angel, muchos madereros habían prescindido de la última comida en el pabellón-cocina. A lo largo de la tarde habían ido tras la maderada hasta que la oscuridad los obligó a retirarse, y no sólo la oscuridad, sino también la conciencia cada vez mayor de que nadie sabía si la Presa de la Muerta estaba abierta o no. Desde el remanso situado por debajo del municipio de Twisted River, los troncos –y probablemente Angel entre ellos– tal vez ya habían pasado al pantano de Pontook, pero no si la Presa de la Muerta estaba cerrada. Y si estaban abiertas las dos presas, la de la Muerta y la de Pontook, el cuerpo del joven canadiense bajaría ya sin control por el Androscoggin. Nadie sabía mejor que Ketchum que allí difícilmente encontrarían a Angel.

El cocinero supo en qué momento los gancheros abandonaron la búsqueda: a través de la puerta mosquitera de la cocina los oyó apoyar los bicheros en la pared exterior del pabellón. Varios de los agotados buscadores se acercaron al comedor después de oscurecer, y el cocinero no tuvo valor para negarse a atenderlos. Los empleados de la cocina ya se habían marchado, a excepción de la lavaplatos, que se quedaba allí hasta tarde casi todas las noches. El cocinero, cuyo complicado nombre era Dominic Baciagalupo –o «Coci», como tenían por costumbre llamarlo los leñadores–, preparó a los hombres una cena tardía, que su hijo de doce años sirvió.

–¿Dónde está Ketchum? –preguntó el niño a su padre.

–Imagino que ha ido a curarse el brazo –contestó el cocinero.

–Seguro que tiene hambre –dijo el niño de doce años–, pero Ketchum aguanta una barbaridad.

–Para ser bebedor, tiene un aguante impresionante, sí –convino Dominic, pensando en realidad que quizá Ketchum no aguantaría aquello. Perder a Angel Pope podía ser para Ketchum peor que para los demás, pensó el cocinero, porque el

veterano maderero había tomado al joven canadiense bajo su égida. Había cuidado del chico, o al menos lo había intentado.

Ketchum tenía el pelo y la barba negrísimos, de un color azabache, como el carbón, más negro que el pelaje de un oso negro. Se casó joven, y más de una vez. Estaba distanciado de sus hijos, que, ya mayores, se habían ido cada uno por su lado. Ketchum vivía todo el año en uno de los barracones, o en cualquiera de los fonduchos de mala muerte, cuando no en un *wanigan* creado por él mismo, o sea, en la parte de atrás de su furgoneta, donde casi había muerto por congelación alguna de esas noches de invierno que, borracho como una cuba, perdía el conocimiento. Aun así, Ketchum había mantenido a Angel lejos del alcohol, y había mantenido a no pocas mujeres ya talludas a distancia del joven canadiense en el local que llamaban salón de baile.

«Eres demasiado joven, Angel», había oído decir el cocinero a Ketchum, en conversación con el muchacho. «Además, con esas señoras puedes pillar cosas.»

Ketchum bien debía de saberlo, había pensado el cocinero. Dominic sabía que, para Ketchum, una muñeca rota durante la conducción de una maderada era poca cosa en comparación con todo el daño que ya se había hecho a sí mismo.

En el pabellón-cocina, el continuo susurro e intermitente parpadeo de los pilotos del fogón de gas —un viejo Garland con dos hornos y ocho quemadores, más un gratinador encima ennegrecido por el fuego— parecían en perfecta armonía con las lamentaciones de los madereros durante su cena tardía. Todos habían sucumbido al encanto del muchacho perdido, a quien habían adoptado como quien acoge a un perro o un gato callejero. También el cocinero había sucumbido. Acaso viera en ese adolescente, de una alegría poco común, una encarnación de cómo sería su hijo de doce años en el futuro, ya que Angel tenía una expresión afable y una sincera curiosidad, y no presentaba el talante huraño y retraído del que por lo visto adolecían los contados jóvenes de su edad establecidos en un lugar tan agreste y rudimentario como Twisted River.



Esto resultaba tanto más singular cuanto que el joven, según les había contado recientemente, se había fugado de casa.

—Eres italiano, ¿verdad? —había preguntado Dominic Bacialupo al chico.

—No soy de Italia, no hablo italiano; viniendo de Toronto, poco italiano se puede ser —había contestado Angel.

El cocinero se había mordido la lengua. Dominic sabía alguna que otra cosa sobre los italianos de Boston; al parecer, algunos entraban en discordia por su grado de italianidad. Y el cocinero sabía que Angel, en la madre patria, habría podido ser un «Angelo». (Cuando Dominic era niño, su madre lo llamaba «Angelù», que, con su acento siciliano, sonaba «Angeluuu».)

Pero después del accidente no se encontró ningún efecto personal con el nombre de Angel Pope escrito en él; entre las escasas pertenencias del chico no se incluía ni un solo libro ni una sola carta que lo identificara. Si tenía algún documento de identidad, se había hundido en el remanso con él —guardado probablemente en el bolsillo de los vaqueros—, y si no se localizaba el cadáver, sería imposible informar a la familia de Angel, o a aquellos de quienes el chico había huido.

Legal o ilegalmente, con o sin la documentación debida, Angel Pope había cruzado la frontera canadiense y entrado en New Hampshire. Y no por el camino más habitual: Angel no era de Quebec. Había insistido en que procedía de Ontario: no era francocanadiense. El cocinero no había oído pronunciar a Angel una sola palabra en francés, tampoco en italiano, y los francocanadienses del campamento no querían saber nada del chico fugado; al parecer, no les gustaban los anglocanadienses. Angel, por su parte, se mantenía a distancia de los franceses; aparentemente, no sentía más simpatía por los quebequeses que la que ellos sentían por él.

Dominic había respetado la intimidad del chico; ahora el cocinero lamentaba no saber más sobre Angel Pope, ni de dónde era. Angel había sido un compañero cordial y ecuánime con el hijo de doce años del cocinero, Daniel, o Danny, como llamaban al niño los madereros y los trabajadores de la serrería.

En Twisted River, casi todos los hombres en edad laboral conocían al cocinero y a su hijo, y algunas mujeres también.

Dominic se había visto en la necesidad de conocer a unas cuantas mujeres —en general, para ayudarlo a cuidar de su hijo—, porque había perdido a su esposa, la joven madre de Danny, hacía ya una década, tiempo que a él se le antojaba una eternidad.

Dominic Baciagalupo sospechaba que Angel Pope tenía cierta experiencia en los trabajos de cocina, que el chico había realizado con cierta torpeza pero sin quejas, y con una economía de movimientos que sólo la familiaridad con el trabajo podía dar, pese a haber declarado aburrirse con toda tarea propia de la cocina, y a su propensión a cortarse en el tajador.

Además, el joven canadiense era aficionado a la lectura; había cogido prestados muchos libros que en su día pertenecieron a la difunta esposa de Dominic, y con frecuencia le leía en voz alta a Daniel. En opinión de Ketchum, Angel había leído Robert Louis Stevenson al pequeño Dan «hasta la exageración», no sólo *Secuestrado* y *La isla del tesoro*, sino también su novela inacabada, escrita en el lecho de muerte, *St. Ives, las aventuras de un preso francés en Inglaterra*, que, según Ketchum, debería haberse ido a la tumba con su autor. Justo antes del accidente en el río, Angel le estaba leyendo a Danny *Los traficantes de naufragios*. (Respecto a esta novela, Ketchum no se había pronunciado aún.)

En fin, fuera cual fuese el origen de Angel Pope, tenía estudios, eso sin duda, más que la mayoría de los leñadores franco-canadienses que el cocinero había conocido. (Y más también que la mayoría de los trabajadores de la serrería y los leñadores autóctonos.)

—¿Por qué tenía que morir Angel? —preguntó Danny a su padre.

En ese momento, después de marcharse los madereros a dormir, o tal vez a beber, tras su tardía cena, el niño de doce años ayudaba al cocinero a limpiar las mesas del comedor. La lavaplatos india, pese a que a menudo trajinaba en el pabellón-cocina hasta bien entrada la noche, o como mínimo hasta mucho después de acostarse Danny, había acabado ya sus quehaceres y vuelto al pueblo en su furgoneta.

—Angel no tenía que morir, Daniel; ha sido un accidente evitable. —El cocinero, en su vocabulario, aludía con frecuen-

cia a los accidentes evitables, y su hijo de doce años conocía de sobra las téticas y fatalistas ideas de su padre sobre la falibilidad humana, y muy en particular sobre la temeridad de la juventud—. Estaba demasiado verde para conducir una maderada —añadió el cocinero como si ahí se acabase el problema.

Danny Baciagalupo conocía la opinión de su padre acerca de todo aquello para lo que Angel, o cualquier chico de su edad, estaba demasiado verde. El cocinero también habría preferido mantener a Angel alejado de un *peavey*. (La característica más importante del *peavey*, un tipo de bichero, era el gancho articulado que permitía hacer rodar a mano un tronco pesado.)

Según Ketchum, los «viejos tiempos» habían sido más peligrosos. Ketchum sostenía que trabajar con los caballos, sacar las narrias del bosque en invierno, era un trabajo de alto riesgo. En invierno los leñadores se adentraban en las montañas. Talaban los árboles y (no hacía mucho tiempo) empleaban caballos para retirar de allí la madera, tronco a tronco. Las narrias, o carromatos sin ruedas, eran arrastradas como trineos por la nieve helada, tan dura que ni siquiera los cascos de los caballos la perforaban, porque cada noche los surcos se helaban en los arrastraderos. Después llegaba la temporada de la nieve derretida y el barro, y entonces —«por aquellas fechas», como decía Ketchum— se interrumpían todos los trabajos en el bosque.

Pero incluso eso estaba cambiando. Como la nueva maquinaria maderera podía trabajar en terrenos embarrados y arrastrar los troncos recorriendo distancias mucho mayores hasta pistas forestales mejoradas, transitables en todas las estaciones del año, la temporada del barro ya no era tanto problema, y los caballos daban paso a los tractores oruga.

Los bulldozers permitían abrir una pista hasta la mismísima zona de tala, y desde allí la madera podía sacarse en camión. Los camiones transportaban la madera a sitios de recogida más céntricos, bien al aguadero de un río, a un remanso o a un embalse; de hecho, el transporte rodado sustituiría muy pronto a la conducción fluvial de maderadas. Atrás quedaron los tiempos en que se utilizaban malacates de frenado para aligerar el esfuerzo de los caballos en las pendientes más escarpadas. «La

yunta podía resbalar sobre las ancas», había contado Ketchum al pequeño Dan. (Ketchum valoraba muy positivamente a los bueyes por su paso firme en nieve profunda, pero el uso de los bueyes nunca había estado muy extendido.)

Atrás quedó también el transporte ferroviario de madera en los bosques; en el valle del Pemigewasset tocó a su fin en el 48, el mismo año en que un primo de Ketchum resultó muerto por una locomotora Shay en la fábrica de papel de Livermore Falls. La Shay pesaba cincuenta toneladas y se había empleado para retirar los últimos raíles del bosque. El balasto de las antiguas vías de tren permitió crear arrastraderos firmes para los camiones en la década de 1950, aunque Ketchum aún recordaba un asesinato en el ferrocarril del río Beebe, en la época en que él iba de arriero en un trineo cargado de píceas virgen de primera calidad con un tiro de cuatro caballos. Ketchum también fue arriero en uno de los primeros tractores de arrastre a vapor Lombard, uno de aquellos guiados por un caballo. El caballo hacía girar los patines delanteros y el arriero se sentaba al frente del tractor; modelos posteriores sustituyeron al caballo y al arriero por un timonel y un volante. Ketchum había sido también timonel, como Danny Baciagalupo sabía; estaba claro que Ketchum había hecho de todo.

Los caminos transitados en su día por el viejo tractor de arrastre Lombard en los alrededores de Twisted River eran ahora pistas forestales para la circulación de camiones, aunque quedaba en la zona algún que otro Lombard abandonado. (Todavía hay uno en pie en Twisted River, y otro, éste volcado, en el campamento maderero de West Dummer, o Paris, como solía llamarse al poblado por influencia de la Compañía Manufacturera Paris, de Paris, en Maine.)

El Phillips Brook descendía hasta Paris y afluía al Ammonoosuc, que desembocaba a su vez en el río Connecticut. Los gancheros conducían trozas de frondosas por el Phillips Brook hasta Paris, y también algo de madera para pasta. La serrería de Paris se dedicaba exclusivamente a la madera de frondosas —la compañía manufacturera de Maine fabricaba toboganes—, y el campamento maderero de Paris, con su serrería a vapor, había transformado el aprisco para los caballos en un taller de meca-

nizado. También se hallaba allí la casa del gerente de la serrería, junto con un barracón para setenta y cinco hombres, una cantina y unas cuantas viviendas unifamiliares muy rudimentarias, además de un manzano, plantado por algún optimista, y una escuela. El hecho de que no hubiese escuela en el municipio de Twisted River, y de que nadie hubiese sido tan optimista en cuanto a la capacidad de permanencia del pueblo como para plantar manzanos, había dado origen a la opinión (sostenida principalmente en París) de que el campamento maderero constituía una comunidad más civilizada, y menos provisional, que Twisted River.

Desde lo alto del promontorio situado entre ambos reducidos, ningún adivino habría sido tan necio como para presagiar éxito o longevidad a ninguno de los dos poblados. Danny Baciagalupo había oído augurar a Ketchum un final aciago para el campamento maderero de París y también para Twisted River, pero Ketchum «no sobrellevaba con gusto el progreso», como había advertido el cocinero a su hijo. Dominic Baciagalupo no tenía nada de trolero, y sistemáticamente ponía en duda algunas de las historias de Ketchum. «Daniel, no te apresures a tragarte la versión de Ketchum», prevenía Dominic.

¿De verdad había muerto la tía de Ketchum, una contable, al caerle una pila de viruta en la tornería de Milan? «Ni siquiera estoy muy seguro de que exista, o haya existido, una tornería en Milan, Daniel», había advertido el cocinero a su hijo. Y según Ketchum, durante una tormenta habían muerto cuatro personas en la serrería situada junto a la represa de desagüe del embalse Dummer, el mayor y más septentrional de los embalses de Dummer. Presuntamente había caído un rayo en el carro portatrozas. «Un solo rayo mató al operario de la garra y al ajustador, y por descontado al aserrador que manejaba las palancas de la sierra de cinta y al retirador», había dicho Ketchum a Danny. Según testigos presenciales, la serrería había quedado reducida a cenizas.

«Me sorprende que no hubiese entre las víctimas ningún pariente de Ketchum, Daniel», se limitó a decir Dominic.

De hecho, otro primo de Ketchum había caído a la tronadora múltiple en la fábrica de pasta de madera; y un tío suyo

acabó con la crisma rota al salir despedido un madero de metro veinte en la planta de troceado, donde cortaban largos troncos de píceas en palos del tamaño adecuado para hacer pasta. Y en otro tiempo había en el embalse Dummer un cabrestante de vapor flotante; se utilizaba para apilar troncos a la entrada de la serrería junto a la represa de desagüe, pero el motor estalló. Entre la nieve de primavera se encontró una oreja humana congelada en la isla del embalse, donde todos los árboles quedaron chamuscados por la explosión. Después, contó Ketchum, un hombre empleó la oreja como cebo para pescar bajo el hielo del pantano de Pontook.

—¿Parientes tuyos también? —había preguntado el cocinero.

—No que yo sepa —contestó Ketchum.

Ketchum sostenía asimismo que había conocido al «capullo legendario» que había construido un aprisco para caballos río arriba, por encima del barracón y la cantina del Campamento Cinco. Cuando todos los hombres del campamento maderero enfermaron, cogieron al individuo, según la pretendida leyenda, y lo colgaron de una red de bridas sobre el pozo de estiércol del aprisco, «hasta que el capullo perdió el conocimiento por los efluvios».

«Como ves, Daniel, Ketchum añora los viejos tiempos», le había dicho el cocinero a su hijo.

Dominic Baciagalupo conocía alguna que otra anécdota, en su mayoría no aptas para contarse. Y las anécdotas que el cocinero sí podía contar a su hijo no captaban la imaginación del pequeño Dan como las de Ketchum. Estaba la del hoyo de alubias frente a la tienda de campaña del cocinero en Chickwolnepy, cerca del embalse Success. Durante el acarreo de una maderada, en los antedichos viejos tiempos, Dominic había cavado un hoyo, de más de un metro de diámetro, para guisar unas alubias bajo tierra, y al acostarse, después de cubrir el hoyo con ceniza caliente y tierra, las dejó allí a cocer. A las cinco de la madrugada, cuando aquello estuviese bien caliente, desenterraría la cazuela para el desayuno. Pero cuando aún era de noche, un francocanadiense salió del *wanigan* donde dormía (probablemente para echar una meada); iba descalzo y al caer en el hoyo de las alubias se quemó los pies.